

JOSÉ JOAQUÍN FERNÁNDEZ DE LIZARDI (1776-1827)

EL GRITO DE LIBERTAD EN EL PUEBLO DE DOLORES

ÍNDICE

ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

PERSONAJES

EL CURA HIDALGO

EL CAPITÁN ALLENDE

ABASOLO

ALDAMA

DIEZ PAYOS, *armados con carabinas y machetes.*

ANSELMO, *viejo labrador abuelo de*

JACINTO, *joven pretendiente de*

ROSA, *hija de*

CASILDA, *vieja.*

INÉS, *viuda con una hija doncella y tres niños.*

NICOLÁS, *mozo del capitán Allende.*

EL ALCAIDE, *de la cárcel.*

PUEBLO

El acto primero se representa en un a sala grande y decente del cura Hidalgo, con el adorno común. Hidalgo, Abasolo y Aldama.

ACTO PRIMERO

HIDALGO

Mucho tiempo hace, amigos míos, que lloro en el silencio la suerte desgraciada de nuestra patria. Oprimida trescientos años ha por el duro gobierno español, poseídas las benéficas órdenes que tal cual monarca ha dictado a su favor, sólo hemos experimentado desprecios y maltrato general de los mandarines que envían a gobernarnos. Los empleos honoríficos y pingües son exclusivos para los españoles el ser americano es un impedimento para obtenerlos. La contraseña de los pretendientes españoles es bien sabida; don Fulano de tal, dicen en sus solicitudes, natural de los reinos de Castilla y

compañía de esta manera hechos dueños del gobierno, se han hecho dueños del comercio, de las haciendas de labor, de las minas y de nuestras fortunas, dejándonos únicamente el trabajo material para comer, porque ni los auxilios que proporciona la industria se nos permite. Yo mismo he querido fomentar en este pobre pueblo el cultivo de las viñas.

Sí, yo he plantado algunas por mi mano, y no se ha permitido fabricar vinos porque se expendan los que nos traen de España. De este modo, habiendo nacido entre la riqueza y la abundancia, nos hallamos herederos de una subsistencia muy precaria, precursora infalible de la mayor miseria.

Si tal es la suerte de los criollos, esto es de los hijos del país que descienden de padres españoles, ¿cuál será la que sufren los infelices indios? Por fin, de aquéllos uno que otro obtiene algún empleo, aunque no de la primera jerarquía, y no faltan algunos descendientes de los conquistadores que poseen ricos mayorazgos; pero, ¡los indios!, los indios, los hijos naturales de este país, los descendientes de sus legítimos señores, yacen simados en la estupidez y la miseria. Trescientos años hace que pintó su vida miserable el señor Casas, y en tanto tiempo no han avanzado un paso a su favor. Siempre educados en la superstición y la ignorancia, y seguidos del abatimiento y la desdicha, ni tienen talento para conocer sus derechos usurpados, ni valor para poderlos reclamar.

Ellos, los infelices, son los que más han sufrido el rigor español en todos tiempos; y no sólo de los españoles, sino de los criollos o de los hijos de ambas naciones. Si el gobierno español los abruma con tributos, los demás los oprimen con toda clase de gabelas y con un trato duro, altivo, inflexible. Los párrocos, que por su instituto debían ser los que les ministrasen el pasto espiritual con dulzura, con caridad y con desinterés, son, con excepción de pocos, los que les venden los sacramentos a un precio muy caro y muy prohibido. Los indios y las indias han de ser unos esclavos de los curas, los han de servir y los han de mantener, y si no los azotes y las bofetadas andan listos.

Mi corazón jamás ha podido soportar estas crueldades, ni el orgullo español ni la postergación de nuestro mérito por la colocación del paisanaje.

Por otra parte, siempre he advertido con dolor que separada la América de España por un inmenso océano, la naturaleza le avisa que ha sido criada independiente de la Europa. La vasta extensión de su terreno, cuyos límites no se conocen todavía, le han granjeado con razón el epíteto de Nuevo Mundo; pero un mundo lleno de riquezas y abundancia. Sí, la América no necesita nada de lo más precioso que producen las tres partes del globo; en sí misma lo tiene todo sobradamente. Las perlas y diamantes, el oro y platas, el fierro y el azogue, el algodón, la azúcar, el café, el cacao, la vainilla... en fin, todos los frutos que produce la Europa los tenemos con otros más preciosos, exclusivos sólo de nuestros climas, como la grana, quina y otros muchos.

Ni los talentos faltan a los americanos para elevar la industria a la perfección, que las naciones extranjeras. La ambición e ignorancia de la España, contentándose con extraer nuestro oro, y nuestra plata, para derramarla en las demás potencias, se ha desentendido de las verdaderas riquezas de este suelo, y ha educado a sus hijos en los vicios, en la

ociosidad y en la apatía; porque no sólo no ha premiado los talentos americanos, sino que los ha procurado sofocar en cuanto ha estado de su parte.

Ésta es la causa de ese encogimiento, de esa pusilanimidad de los criollos, que parece que no saben ni hablar. Yo me lamento, amigos, yo suspiro a mis solas por nuestra triste esclavitud conozco que ya no es tiempo de sufrirla la América debe ser libre para que sea feliz las circunstancias todas le convidan a romper los ominosos lazos conque la aprisiona su metrópoli los acaecimientos de Bayona le proporcionaron una ocasión muy ventajosa; pero no supo aprovecharlos. No se encuentra entre nosotros un Washington que arrostre los peligros y haga la libertad de su nación.

Iturrigaray, ese virrey prudente que sabía conciliar la fidelidad al rey con nuestros intereses, ya estaba resuelto a crear una junta que sin reconocer a la de Sevilla, convocase a las Cortes del reino. Tal paso hubiera sido muy avanzado a nuestra independencia; pero una facción de oidores y acaudalados destruyeron sus planes una noche. ¡Pluguiese a Dios que se borrara su memoria en la cronología de nuestros tiempos!

Os acordáis, amigos ahora dos años, el de ochocientos ocho, una turba de forajidos y tunantes se lanzaron al real palacio, sorprendieron a Iturrigaray, atropellaron a su esposa, lo arrastraron a la Inquisición con ignominia para hacer creer al pueblo que era hereje, y no contentos con tantas tropelías, insultaron al pacífico pueblo mexicano, atribuyéndole por rotulones públicos una traición de que sólo fueran capaces los Batallares y Aguirres, los Yermos y Lozanos y otros tales.

Desde entonces las cosas van de mal en peor. Estamos amenazados a los franceses orgullosos con sus victorias, y la nación yace abismada entre el temor y la más justa desconfianza. Yo, a pesar de mi edad, de mis enfermedades y mi estado, he resuelto libertar a mi patria o sacrificar la vida en la demanda.

Todos los planes están bien combinados; lo sabéis, y si os he hecho esta prolija relación, ha sido por recordaros vuestros derechos y los peligros de la patria. ¿Qué me decís?, ¿os halláis con la misma resolución que siempre para acompañarme en esta empresa?

ALDAMA

Yo, señor cura, antes de decidirme titubeo; pero una vez decidido no retrocedo de mi resolución.

ABASOLO

Y yo lo mismo. Os ayudaremos impertérritos en la gloriosa empresa, y moriremos si necesario fuere, pues morir por la patria es inmortalizarse.

HIDALGO

Amigos míos no esperaba otra respuesta de vuestro honor y vuestro patriotismo. La causa que vamos a defender es la más justa, el Dios de las batallas esforzará vuestros valientes brazos y os conducirá a la victoria, así como...

ALDAMA

Señor, parece que a la puerta llega gente.

HIDALGO

Adentro.

Sale Anselmo viejo, sosteniéndose en el brazo de su nieto Jacinto, joven labrador.

ANSELMO

Señor cura, muy buenos días dé Dios a su merced.

HIDALGO

Así se los dé Dios, tata Anselmo. ¿Qué anda usted haciendo por acá?

ANSELMO

He recibido un recado de su merced, y vine a saber qué es lo que me manda.

HIDALGO

Es verdad que lo mandé llamar. Espérese un poco.

ANSELMO

Sí, señor.

HIDALGO

Siéntese usted. Vaya, en aquesta silla estará cómodo.

ANSELMO

Dios se lo pague, señor cura ya los años me agobian, y no puedo salir a la calle sino teniéndome de este muchacho.

(Entra precipitada y llorando Inés, vestida de negro, con una joven y tres muchachillos pobremente vestidos.)

INÉS

Señor cura, soy la mujer más infeliz del mundo; pero lo seré mucho más si no hallo amparo en su presencia...

HIDALGO

Vamos, doña Inés, usted serérese y cuénteme sus cuitas.

INÉS

¡Ay, señor cura!, mi pena es la mayor irremediable... Ha muerto mi marido...

HIDALGO

¿Qué, don Carlos murió?

INÉS

A media noche acabó de expirar... ¡Ay infelice!, esta pobre doncella... mis tres hijos...

HIDALGO

Seréense, señora, en este instante solamente la religión nos presta los consuelos necesarios. Advierta usted que todos los hombres nacemos sujetos a la muerte; que este tributo es forzoso pagarlo a la naturaleza, que la vida no es la cosa más grata, sino una cadena no interrumpida de pobreza, enfermedades y miserias, de cuya carga insoportable nos liberta la muerte a un solo golpe. Su marido de usted era ya anciano, su enfermedad era crónica y demasiado dolorosa él vivía en un tormento continuado, y con sus ayes afligía sin cesar el corazón de usted. Ha muerto; pero ya su cuerpo dejó de padecer y su espíritu descansa en su creador; ¿qué más consuelo puede usted apetecer? ¿Lo amaba usted con ternura?, pues consuélense también con la esperanza de que en el último día de los tiempos lo volverá usted a ver para no perderlo jamás.

INÉS

¡Ay, señor cura!, esos consuelos son muy buenos; pero yo no tengo ni con qué pagarle a usted los derechos del entierro. Con su larga enfermedad he vendido mis animalitos; ni qué vender ni qué empeñar...

HIDALGO

Basta, doña Inés; ya sé el estado de pobreza a que se halla usted reducida. La compadezco y procuraré aliviarla en cuanto pueda. Dé usted un recado de mi parte al padre vicario, para que esta tarde le dé sepultura al cadáver, diciéndole que se entienda conmigo, que ya usted me satisfizo los derechos. Pro siga usted cuidando de la educación de estos niños, que ya veremos cómo se hacen útiles, y por ahora llévese ese socorrillo para que coman unos días. (Le da unos pesos.)

INÉS (Llorando.)

Señor cura, usted es nuestro padre, nuestro benefactor... Queridos míos besad la mano a vuestro nuevo padre. (Aquí arrodilla a sus hijos a los pies de Hidalgo ellos le abrazan por las rodillas, la doncella con el pañuelo a los ojos le besa una mano; el cura los levanta y acaricia.) Sí, besad esa mano liberal que derrama los consuelos en el seno de una familia desgraciada.

HIDALGO

Basta, señora; basta, hijitos levantaos. ¡Pobrecillos!, las inocentes lágrimas que lloran, son hijas de la más pura gratitud.

LA JOVEN

¡Ay padre!, yo no sé cómo dar a usted las gracias por la caridad que ha usado con nosotras.

HIDALGO

Hija mía nada he hecho que no debiera hacer en este caso, ni nada tenéis que agradecerme. Ahora se necesita...

Entra Casilda con su hija Rosa.

CASILDA

Ave María Purísima. Muy buenos días dé Dios a su merced.

HIDALGO

Téngalos usted muy buenos, tía Casilda; ¿cómo va?

CASILDA

Pasando, señor cura, pasando con estas piernas tan hinchadas que no puedo dar paso, que a no ser por el recado que recibí esta mañana de su merced para que viniera, no me hubiera levantado de la cama.

HIDALGO

¡Válgame Dios!, pues ¿qué estaba usted en cama?

CASILDA

Sí, señor cura esta hidropesía y esta tos (tose) ya me van llevando a la sepultura.

HIDALGO

No sabía yo la gravedad de usted, que a saberla, la hubiera ido a ver para excusarle esta incomodidad.

CASILDA

¡Ay!, no lo permita Dios, señor cura; ¿cómo era eso capaz?

HIDALGO

Vamos, siéntese usted, descanse.

CASILDA

Sea por amor de Dios.

Siéntala junto al viejo.

HIDALGO

Pues he llamado a ustedes dos para esto. Jacinto me ha dicho que se quiere casar con Rosita...

LOS DOS VIEJOS

No lo permita Dios ni por pienso, ni por pienso.

HIDALGO (A sus amigos.)

Es menester tolerarles a estos pobres sus necesidades.

ALDAMA

Solamente la paciencia de usted...

HIDALGO

No tengo mucha; pero si el pastor no sobrelleva a sus ovejas, ¿cómo las sufrirán los de la calle? Vaya, déjense de regañar a los muchachos. Usted tío Anselmo, dígame, ¿por qué no quiere que se case Jacinto con Rosita?

Mientras el cura habla con los capitanes, los viejos están regañando a sus hijos.

ANSELMO

Ni con Rosita, ni con nana Rosa, ni con mujer ninguna se ha de casar Jacinto, mientras viva.

HIDALGO

¿Pero por qué razón?, la muchacha no lo desmerece; yo sé que es muy mujercita y muy honrada.

ANSELMO

Ella será una santa, señor cura, pero yo no quiero que se case Jacinto con ella.

CASILDA

Ni yo quiero que se case Rosa con él; ¿qué, yo le ruego, o he mandado padres descalzos a que le pidan a su hijo? Había de ser mejor.

ANSELMO

Mejor o peor, él no se ha de casar con ella.

CASILDA

No, ni ella con él.

HIDALGO

Eso ya es perderme el respeto. Cada uno de ustedes ha de hablar conmigo y nada más.

CASILDA

Sí, señor cura, usted me dispense; pero como señor Anselmo trata de despreciar a mi hija si yo hubiera querido, días hace que se hubiera casado y muy bien.

ABASOLO ¿Con quién, tía Casilda?

CASILDA

Con el sacristán de la parroquia. (Ríense todos.) No, no se ríen ustedes. Pregúntenselo a él que no me dejará mentir.

HIDALGO

Pues ahora yo le suplico que nos deje hablar. Vaya, tío Anselmo, ¿por qué no quiere usted que se case Jacinto?

ANSELMO

Porque no tiene la edad suficiente.

HIDALGO

Eso no le hace, la ley lo puede habilitar dando usted su licencia.

ANSELMO

Pero, señor cura, no conviene.

HIDALGO

¿Por qué? ¿Sabe usted que tenga algún impedimento?

ANSELMO

No, señor.

HIDALGO

Pues entonces es capricho de usted.

ANSELMO

No, señor, no es capricho, sino muchísima razón. Oiga usted; yo soy un pobre viejo, tengo ochenta y siete años, para servir a usted; estoy muy enfermo y ya no puedo trabajar. Mi mujer es otra pobre vieja, que está tullida en una cama. No tenemos quién nos socorra sino este muchacho, que es nuestro nieto, y apenas gana para que medio comamos. Si se casa, es fuerza que primero atienda a su mujer, y entonces también será fuerza que nos muramos de hambre. Nos moriremos, y entonces que se case con quien quisiere.

HIDALGO

¡Válgate Dios, y a lo que obliga la miseria! Y usted tía Casilda, ¿por qué no quiere que se case Rosita?

CASILDA

Porque no, señor, porque no.

HIDALGO

Ésa no es razón dígame usted la verdad como el tío Anselmo.

CASILDA

Pues, señor, no quiero porque Jacinto apenas gana con qué mantenerse con sus padres si se casa, se aumenta la familia y es de esperar que mi hija ande en cueros y muerta de hambre, y para eso, mejor está en su casa.

El cura a Aldama y Abasolo.

HIDALGO

Veán ustedes uno de los mayores perjuicios que la pobreza trae a la sociedad; la falta de la población. Estos jóvenes se aman, y sus padres embarazan su enlace únicamente porque es pobre Jacinto. ¿No es esto? (A los viejos.)

LOS VIEJOS

Sí, señor, por eso.

HIDALGO

Y si yo encontrase un arbitrio para que Jacinto pudiera mantener a su mujer, sin faltar a socorrer a sus padres, ¿lo dejará usted casar, tío Anselmo?

ANSELMO

¡Oh, señor! entonces, ¿por qué se lo había de estorbar?

HIDALGO

Lo mismo digo a usted señora si yo salgo por fiador de Jacinto, de que siempre tratará bien a su niña y que no le faltará nada, según su clase, ¿consentirá usted en sus bodas?

CASILDA

De mil amores, señor cura, de mil amores. ¿Yo qué puedo querer sino darle gusto a la muchacha? Ella ya es grandecita, y el cuerpo le pide matrimonio. Sobre que a todos nos gusta casarnos. Yo también me casé, y con mi viejecito cuento cinco maridos, con bien lo diga.

HIDALGO

Adiós, pues, todo está hecho. Voy a poner a Jacinto que administre mi fábrica de loza, y a Rosita la enseñaremos a criar los gusanos y que saque su seda, con cuyos auxilios no les faltará lo preciso.

LOS JÓVENES

Señor, ¿con qué pagaremos tan grandes beneficios?

HIDALGO

Con quererse mucho, con trabajar y con no olvidar a sus padres ni dejar de socorrerlos, para que os colme Dios de bendiciones.

ANSELMO

La mía te alcance, hijo Jacinto. (Bendícelo.)

CASILDA

Y las mías a los dos, aunque mala y pecadora. (Bendice a los dos a dos manos.)

INÉS Repito mis agradecimientos, señor cura, y con el permiso de usted me retiro; me he dilatado por saber lo que usted mandaba, pues cuando entró esa señora dijo a Tulitas, que era preciso no sé que cosa.

HIDALGO

Ah, sí, le iba a decir que es preciso que esto no lo publiquen, pues no hay para qué.

INÉS

¿Cómo no? ¿Cómo es posible que esté oculta tanta virtud? Cuando no se puede corresponder un beneficio, es un desahogo publicarlo.

HIDALGO

Pues yo le encargo a usted que omita esos desahogos, pues cuando cumplo con los deberes que me impone la humanidad, me es repugnante que se cacareen mis acciones.

INÉS

En usted es un deber el ocultar su caridad, en mí fuera una ingratitud el no reconocer y confesar los beneficios que me acaba de hacer. No, yo lo publicaré por todas partes. Usted ha sido mi paño de lágrimas, y el iris que ha serenado la tempestad de dolor, en que se anegaba mi corazón. Fuera de que, ¿qué importa que yo deposite en el silencio esta acción, cuando el carácter benéfico de usted es público en todo el pueblo de Dolores, y sus contornos? ¿Es verdad, señores, que nuestro cura Hidalgo es el genio mismo de la beneficencia? ¿Podrán ustedes no agradecer los favores que le acaban de recibir?

JACINTO

De ninguna manera. El señor cura convenciendo a mi padre, me ha hecho feliz, pues lo seré al lado de mi Rosa.

ROSA

Y yo lo seré al tuyo por su prudente mediación.

ANSELMO

Usted es, señor, el padre de los pobres.

CASILDA

Nuestro benefactor.

INÉS Nuestro consuelo.

HIDALGO

Basta, hijos, basta. Vuestra generosidad me entenece y yo quisiera poder haceros verdaderamente felices.

INÉS

Sí lo seremos, mientras usted nos viva. (Toda esta escena es abrazándolo, y besándole la mano, y él abrazando a todos.)

ANSELMO

Así lo pediremos al Todopoderoso.

INÉS

Él conserve su vida, porque siempre digamos que viva nuestro padre.

ANSELMO
Nuestro amparo.

TODOS
Y viva siempre el cura de Dolores.

ACTO SEGUNDO

La misma sala, y saliendo de otra pieza Hidalgo y los capitanes.

HIDALGO
Muy buena siesta han dormido ustedes, caballeros.

ALDAMA
Sí, señor cura; no ha sido mala.

HIDALGO
Sentémonos, y tomaremos chocolate mientras llegan nuestros tertulianos. (Siéntanse.)

ALDAMA
Sea enhorabuena.

ABASOLO
¿Conque usted tiene su tertulia todas las noches?

HIDALGO
Las más. La música me deleita demasiado y aunque aquí no puede disfrutarse una excelente orquesta, sin embargo, a costa de trabajo y dinero he conseguido poner una muy razonable, con la que les he hecho una escoleta a mis inditos, que son muy aplicados; y no sólo saben ya el canto llano, sino algo de buena música; de suerte que un día de función clásica de iglesia no es desagradable en Dolores.

Sacan chocolate y luces, y mientras lo toman sigue el diálogo.

ALDAMA
Si todos los curas tuvieran la eficacia de usted bien pudieran tener su escoleta en todos los pueblos, y no que en los más es una irrisión una función clásica.

ABASOLO
¡Jesús!, por no sufrir el rechinido de los violines de pita, y raca raca de aquellas malditas guitarras conque aporrean los oídos menos delicados, se puede uno quedar sin misa.

HIDALGO

Lo peor es aquella sarta de desatinos que cantan en los COROs. ¡Pobres indios!, los hacen blasfemar. Ya se ve, no saben hablar el castellano, ¿cómo es posible que pronuncien el latín correctamente?

ALDAMA

Y qué, ¿ahora vienen los inditos a ensayar algunas vísperas o misa?

HIDALGO

Misa no es; pero pueden ser vísperas.

ABASOLO

¿Vísperas de qué, señor cura?

HIDALGO

De nuestra libertad.

ABASOLO

No entiendo a usted.

ALDAMA

Ni yo.

HIDALGO

Pues ahora lo entenderán. No son los indios los que componen mi tertulia, sino algunas muchachas decentes y jóvenes honrados del pueblo, que son muy aficionados y no tienen malas voces. Yo les hago sus letrillas y pago la música, y ellos se adiestran y me divierten.

ABASOLO

¿Y qué tienen prevenido para esta noche?

HIDALGO

Una marchita patriótica que están ensayando.

ABASOLO

De todo saca usted partido a beneficio de la patria, hasta de la música y de sus diversiones caseras.

HIDALGO

Es preciso entusiasmar a nuestros paisanos, hacerles conocer sus derechos, la opresión en que viven y lo dulce que es la libertad. Sí, es menester no descuidarse un punto en esto; sino trabajar con tesón en las concurrencias, en los púlpitos, en los estrados, y en todas partes, en prosa y en verso, en todos los idiomas que aquí se hablan con la lengua, con la pluma y con los violines y las flautas.

ALDAMA

No puede usted negar su grande patriotismo.

HIDALGO

Él es mi pasión favorita. Como yo vea a mi patria libre, más que al momento cierre mis ojos la muerte para siempre.

ALDAMA

Con media docena de curas como usted y otra media de militares como Allende, la cosa era hecha en cuatro días.

HIDALGO

Ella se hará aunque sea en veinte yo no pierdo las esperanzas. Contamos con lo más necesario para lograr la empresa, que es la razón y la opinión, y el cielo no desampará tan justa causa.

ALDAMA

Yo lo creo; mas por ahora sólo deseo que lleguen las muchachas, y que canten, pues no veo la hora de oír la letra que será como de usted.

HIDALGO

Nada tiene de particular su estilo es muy sencillo y natural, tal como se necesita para que lo entiendan los autores; pero respira patriotismo.

ALDAMA

Eso es lo mejor que puede tener.

ABASOLO

Ya creo que vienen, según el tropel de la escalera.

Levántase, sale de la primera pieza, y vuelve a entrar alborozado.

Ellos son, ellos son. Aquí están.

Entran los que cantan.

UNO

Señores, muy felices noches.

HIDALGO

Amigos bienvenidos, ya culpábamos la dilación de ustedes.

UNO

Por venir reunidos de una vez, nos hemos dilatado un poco más; pero aún no son las siete.

HIDALGO

Es muy buena hora. ¿Qué tal saben letra?

UNO

Perfectamente.

HIDALGO

Pues siéntense, mientras los músicos tocan la obertura que tienen prevenida.

TODOS

Enhorabuena.

Se sientan; la música toca una solemne obertura, y concluida se levantan todos, menos Hidalgo y los capitanes, y cantan la siguiente marcha.

CORO

A las armas corred, mexicanos
de la patria el clamor escuchad,
baste ya de opresión vergonzosa,
libertad pronunciad, libertad.
Después de tres centurias
de dura esclavitud,
busquemos la salud,
basta de padecer.
España sin monarca,
Fernando ya en Bayona,
abdicó la CORONA,
y quedamos sin rey.

CORO

La junta de Sevilla
compuesta de anarquistas,
de intrusos y de egoístas,
darnos quiere la ley.
No estamos en el caso
de sufrir más cadenas,
basta, basta de penas,
ya no hay que obedecer.

CORO

Alarma, mexicanos,
viva la libertad;
todos os preparad
por si viene el francés.
Ya la América joven
emanciparse quiere,
su libertad prefiere

al gobierno de un rey.

CORO

Sabio Iturrigaray,
viendo nuestros derechos,
dejarlos satisfechos
quiso según la ley.
Pero una facción fiera
de oidores y traperos,
burlaron los esmeros,
de aquel justo virrey.

CORO

Los inicuos autores
de tan atroz traición,
hacen la desunión
de este mundo de aquél.
Si al virrey no respetan
porque no es de su gusto,
¿por qué en lo que es injusto
hemos de obedecer?

CORO

De ninguna manera
de tan sagrado intento,
dude mi pensamiento;
libres hemos de ser.
Libres, libres seremos,
porque libres nacimos,
mas yugo no admitimos,
o morir o vencer.

HIDALGO

(A sus compañeros.) ¿Qué les ha parecido a ustedes?

ALDAMA

La letra y la música muy buenas, y el espíritu que la dictó inmejorable. Lo que me hace mucha fuerza es la satisfacción con que la han cantado.

HIDALGO

Todos estos señores que usted ve, son amigos de toda mi confianza.

ALDAMA

¿Conque son muy buenos patriotas, según eso?

HIDALGO

Sí, excelentes. En mi casa no entran serviles ni chaquetas.

ABASOLO

Muy bien hecho en este caso no está por demás ninguna precaución, y menos ahora que está el espionaje muy recomendado y...

Entra un payo precipitado con una carta.

PAYO

Ave María. ¿El señor cura dónde está?

HIDALGO

Aquí estoy, Nicolás, ¿qué se ofrece?

PAYO

Mi amo el señor don Ignacio Allende le manda a su mercé esta carta.

Dásela el cura lee para sí, se queda suspenso y al cabo de un segundo, dice

HIDALGO

¿Y qué hacía Allende cuando te despachó?

PAYO Estaba registrando unos papeles y mandó ensillar. A lo que yo percibí; para acá viene y no tarda.

HIDALGO

Pues anda adentro a descansar, y ustedes, amigos, permítanme que me retire a contestar esta carta que es ejecutiva, a bien que para mañana diferiremos nuestra tertulia.

UNO Señor cura, está muy bien. Hasta mañana.

TODOS

Que pase usted muy buena noche.

HIDALGO

Que a ustedes les vaya bien. (Vanse.) Amigos, nuestra empresa se ha perdido.

ALDAMA

¿Cómo así?

HIDALGO

Lea usted ese papel.

ALDAMA (Lee.)

«Todos nuestros planes están descubiertos ante el gobierno. Anticipo estas cuatro letras, para que no sorprenda a usted mi llegada a ése, donde le informaré por menor. Soy del...»

¡Válgame Dios! ¿Y quién ha sido el vil americano que ha tenido la bajeza de vendernos?

HIDALGO

Qué sé yo soy con ustedes. (Vase.)

ABASOLO

Ahora somos perdidos sin remedio. Todo se lo llevó el diablo en un instante. Si la cosa se ha descubierto como dice Allende, nuestra prisión es infalible.

ALDAMA

Y nuestra ruina también.

ABASOLO

¿Pues qué hacemos?, ¿a qué nos detenemos?; ponernos en salvo es lo más seguro.

HIDALGO (Con serenidad.)

Aquí estamos bien seguros.

ALDAMA

¿Aquí, señor?

HIDALGO

Sí, aquí.

ALDAMA

¿Y cuál es la seguridad conque contamos?

HIDALGO

Con la que prestan los buenos caballos y las armas.

ABASOLO

¿Y si no nos dan tiempo de tomarlos?

HIDALGO

No se apoquen ustedes que al fin más ha de ser el ruido que las nueces... mas Allende llega... (Se asoma a una puerta.) Sí, él es.

Sale Allende de capitán con botas y decente.

ALLENDE

Yo soy, mi amable cura y compañeros.

HIDALGO

Vamos, ¿qué ha sucedido?

ALLENDE.

Todo malo. Un eclesiástico de Querétaro ha descubierto al gobierno de México la revolución que teníamos trazada por el 1º del próximo octubre.

HIDALGO

¡Qué vileza!

ALDAMA

¡Qué iniquidad!

ABASOLO

¡Qué infamia! ¡Un sacerdote! ¡Un ministro de paz, y americano!

HIDALGO

¿Conque ya no tienen duda de nuestras intenciones?

ALLENDE

Son tan públicas que hasta Riaño, el intendente de Guanajuato, las sabe. Garrido se delató él mismo...

HIDALGO

¡Qué bastardía!

ALLENDE

Ayer intercepté un correo de Guanajuato, en que aquel intendente previene nuestro arresto. Vean ustedes los oficios originales.

Los entrega a Hidalgo y éste lee en voz alta.

HIDALGO

«Habiendo sabido positivamente que los capitanes don Ignacio Allende y don Juan Aldama, como también don Ignacio Abasolo, tratan de conspirar contra el gobierno, en unión del cura de Dolores, prevengo a usted que sin pérdida de tiempo, proceda a la prisión de Allende y Aldama, que se hallan en esa villa, en lo que hará usted un buen servicio al rey y a la patria. Dios guarde a usted muchos años. Guanajuato 13 de septiembre de 1810. Riaño. Señor subdelegado de San Miguel el Grande». (Representa.) No hay la menor duda, la firma es suya.

ALLENDE

Igual encargo traía don Francisco Iriarte, para arrestar a usted y Abasolo.

ABASOLO

¿Pues qué debemos hacer en este caso?

HIDALGO

¿Cómo qué?, dar el grito en esta misma noche.

ALDAMA

¿En esta misma noche?

HIDALGO

Sí, señor. Ya estamos perdidos, la cosa es innegable pues nos descubren los mismos compañeros, y no es lo peor que nos perdiéramos nosotros, sino que la empresa se pierde, y si nosotros no la llevamos al cabo, acaso no habrá otros que la emprendan. ¿Qué dice usted, Allende?

ALLENDE

Yo, ya sabe usted que siempre sigo gustoso sus disposiciones, y así no tiene sino mandar, y yo obedecer.

ALDAMA

Pero, ¿con qué gente, con qué auxilios contamos para llevar a efecto una empresa de tanto empeño?

HIDALGO

Con nuestro valor, y con unos muchachos que tengo prevenidos. Entren, hijos.

Entran diez payos, vestidos al uso de la tierra, unos con carabinas y otros con machetes.

HIDALGO

Inmediatamente van y ponen presos a los siete españoles que hay aquí, sin maltratarlos, y en un lugar seguro y separado, y esperadnos en la plaza.

TODOS

Sí, señor. (Vanse.)

ALDAMA

Señor cura, por Dios, ¿qué va usted a hacer? Con diez hombres intentar una revolución, es la mayor temeridad; y luego cometiendo la tropelía de arrestar a los europeos.

HIDALGO

No es tropelía, es prudencia, porque el pueblo que lo verá usted conmovido muy en breve, no los mate.

ALDAMA

Sin embargo, una vez desconcertados nuestros planes, diez hombres nada valen.

HIDALGO

Pues si ellos no valen nada, yo valgo mucho. Nunca será libre la patria si hemos de andar con tanta cobardía. Si muriésemos en la empresa, otros nos remplazarán; la causa es justísima y general, y por último, el que tenga miedo, que se marche, que yo solo basto

para lo que esta noche se ha de hacer. El patriotismo, amigo, ha de lucir en los peligros, no en los estrados y placeres.

Al decir esto se ciñe un sable que estará sobre la mesa, y toma su sombrero y su bastón.

ALDAMA

Por Dios que me avergüenzo, señor cura, de que atribuya mi prudencia a poco patriotismo o cobardía. Si por tal la ha tenido, yo lo desengañaré. Vamos, vamos a morir por la patria.

HIDALGO

Eso sí, los nobles sentimientos jamás pueden disimularse mucho tiempo. Ea, amigos ¿juráis defender los derechos de nuestra nación oprimida?

TODOS

Sí, juramos.

HIDALGO

¿Juráis morir, si necesario fuere, por tal causa?

TODOS

Sí, juramos.

HIDALGO

Pues a salvar la patria, o a morir.

ALLENDE Y TODOS

Vamos, y desde aquí la patria. Viva. (Éntranse.)

Descúbrese vista de calles, en ellas habrá tres tiendas que a su tiempo abrirá el pueblo con hachas, y arrojará la ropa y víveres que habrá dentro. A un lado estará la cárcel luego que se dejen ver, Hidalgo y compañeros, comenzarán a sonar campanas, y se verán algunas gentes con hachas de brea, discurriendo por todas partes.

HIDALGO

Amigos, ya estamos en la palestra. Vamos a sacar los presos de la cárcel. Es necesario hacer agradecidos. (Llega.) Ea, el alcaide.

ALCAIDE

Mande usted, señor cura.

HIDALGO

Abra la puerta y eche fuera los presos.

ALCAIDE

Yo no puedo en eso obedecer a usted porque están bajo mi responsabilidad.

HIDALGO

Si se dilata, es su muerte segura. A ver las llaves. (Le encara una pistola.)

ALCAIDE

Ya está, ya está, señor. (Le da las llaves, Hidalgo abre y salen unos veinte presos gritando.)

TODOS

Que viva nuestro padre el cura Hidalgo.

HIDALGO

Hijos, a mí no me aclamáis sino a la patria. ¿Estáis gustosos con vuestra libertad?

TODOS

Sí, estamos.

HIDALGO

¿Me la agradecéis?

TODOS

Sí, agradecemos.

HIDALGO

Pues, escuchad.

A este tiempo llegan los diez payos con sables desnudos y carabinas, y uno de ellos traerá una bandera blanca, con una águila. Algunos otros los acompañan con hachas de brea. A la presencia del cura, se paran todos, y éste prosigue

Americanos nacisteis libres por la naturaleza, como todos los hombres al mundo la codicia europea descubrió este vasto y rico continente, lo conquistó, esto es, lo usurpó a los indios sus legítimos dueños, y desde entonces han visto y tratado a los hijos del país como sus colonos y aun como sus esclavos.

En vuestra misma patria no sois nada, ni podéis sembrar ni cultivar, sino lo que os permiten como gracia.

Nacisteis en el reino del oro y de la plata, y no tenéis un peso rodeados de la abundancia, perecéis en medio del hambre y la miseria el cielo os dotó de talentos despejados, y vivís y morís ignorantes. De esta manera, oprimidos vuestros padres por los españoles, os dejaron pobres, rudos y miserables; y vosotros bajo los mismos principios, no podéis dejar a vuestros hijos otra herencia que la miseria, la esclavitud y la ignorancia.

Esta suerte de los americanos será eterna mientras no conozcan sus derechos, esto es, que son libres porque son hombres, que nuestra patria ya se halla en estado de gobernarse por

sí, sin necesidad de que la gobierne y domine un extranjero que está a dos mil leguas de distancia de nosotros, que nos carga de leyes, nos abrumba con gabelas y se lleva a su nación nuestros tesoros.

La justicia nos favorece, podemos ser felices si queremos de un momento a otro. Un empuje generoso se necesita de vuestra parte; pero con unión y constancia. El tiempo presente es el precioso; si lo desaprovechamos, estamos a pique de ser esclavos para siempre. Ya os lo digo España, por ahora, tutelada y aun dominada por la Francia, está imposibilitada de enviar tropas de refuerzo contra nosotros; pero los franceses no carecen de recursos ni intenciones acaso ellos vendrán y nuestra esclavitud será mayor.

Yo advierto en vosotros una decidida inclinación para recobrar y conservar vuestra libertad; pero también advierto que os detiene lo inermes que os halláis y el no contar con una cabeza que os dirija. Yo os amo mucho, y deseo la libertad de la patria como vosotros; si os resolvéis a seguirme, a pesar de mi vejez y mis achaques, os conduciré a la victoria con la ayuda de Dios y el favor de estos ilustres compañeros.

¿Qué decís?, ¿queréis vivir esclavos, o ser libres y salvar vuestra patria?

UNOS

¡Viva la libertad!

OTROS

¡La patria viva!

HIDALGO

(Toma Hidalgo la bandera y les dice) He aquí, hijos míos, las armas del suelo mexicano, las de vuestros mayores y el símbolo de vuestra libertad. ¿Juráis ante el Dios de los ejércitos y ante la patria derramar vuestra sangre en su defensa?

TODOS

Sí, juramos o morir o ser libres... (Entra uno precipitado.)

UNO Señor, el alboroto es ya general en todo el pueblo, el furor crece por instantes contra los españoles; si no estuvieran presos, ya fueran víctimas de su furor; pero éste se ha encarnizado en sus efectos, han abierto sus tiendas y después de robar, arrojan a la calle lo que resta.

ALLENDE

Es muy escandaloso este desorden.

ABASOLO

Una injusticia es.

HIDALGO

Es cierto, pero ni es política el oponernos a la plebe furiosa, ni tenemos fuerza para el caso. Es de necesidad ceder a las circunstancias.

A este tiempo entra la multitud, tirando las tiendas y gritando.

UNOS

¡Muera el gobierno español!

Y OTROS

¡Viva la libertad, viva la patria!

TELÓN

FIN